

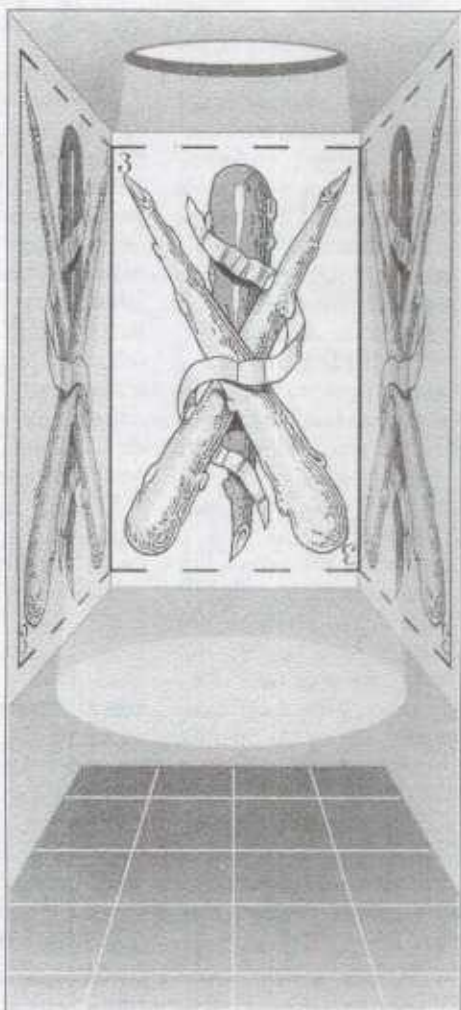
La leña y el fuego

FERNANDO SAVATER

La señora Edurne Aramburu me dedicaba el otro día, en un diario donostiarra, una carta que no tiene desperdicio y que, por tanto, no quiero desperdiciar: me servirá como motivo inicial para mi artículo de este mes de mayo, más espinoso que florido. A la señora Aramburu le he producido varias perplejidades y desazones que me gustaría aliviar en la medida en que provengan de su buena fe, lo cual, francamente, dudo mucho. Por ejemplo, su primera perplejidad (que ella supone compartida por mucha más gente, porque la señora Aramburu, según parece, siempre cree hablar en nombre de multitudes) se la causé afirmando por televisión que me avergonzaba de ser donostiarra. Y ella concluyó que era Donostia la que debía avergonzarse de este hijo indigno que acusaba a su ciudad de algo de lo que sencillamente es una víctima. Lo único que se le olvidó a la distraída señora Aramburu fue mencionar ese algo a propósito de lo cual yo estaba hablando por televisión.

El asunto en cuestión era el asesinato de Gregorio Ordóñez. Y lo que yo dije, y digo, es que me sentí avergonzado y humillado como donostiarra de que en mi ciudad, una de las más civilizadas de este país, un hombre de bien pueda recibir un tiro en la nuca mientras se toma un bocadillo y un coro de vesánicos celebre la gesta como un paso adelante en el logro de sus objetivos políticos. Naturalmente que la inmensa mayoría de los donostiarras, muchos de los cuales son votantes del partido de Ordóñez, padecemos como víctimas estas atrocidades. Pero como no logramos evitarlas, algunos de quienes amamos este país no nos sentimos precisamente orgullosos de lo que aquí ocurre ni de nuestro papel forzoso de víctimas. Y añado que al ver cómo usted malinterpreta tan lógicos sentimientos se le acentúan a uno la vergüenza y la indignación.

Otro de los reproches que me dirige la



JESUS FERRERO

señora Aramburu es que mis comentarios políticos no contribuyan a pacificar el conflicto sino que echan leña al fuego, sobre todo cuando me manifiesto fuera de Euskadi. Para comenzar le ruego, señora mía, que me indique cuándo me ha oído o leído afirmaciones distintas sobre los problemas de Euskadi hablando aquí o fuera de aquí. Puedo ser muy inoportuno, pero desde luego no creo ser oportunista en estas cues-

tiones, a diferencia de tantos otros. ¿Leña al fuego? Pues le aseguro que mi intención es la contraria: intento, más bien, denunciar los materiales inflamables que otros arrojan a nuestra hoguera de crímenes y vanidades.

Por eso insisto desde hace tiempo en que una cosa es sostener para este país determinados proyectos políticos, sean autonómicos o independentistas, y otra muy distinta convertir tales proyectos en derechos inalienables, fundamento de un contencioso histórico de opresión nacional, que es la coartada última de todas las violencias. Yo no acarreó ese tipo de leña, señora Aramburu: seguro que usted conoce muy bien a quien lo hace. No es a mí a quien oíría usted, por ejemplo, convertir la defensa cultural del euskera y las reivindicaciones lógicas de sus hablantes en la cruzada contra una persecución secular, sosteniendo, con argumentos propios de aquel profesor Franz de Copenhague de los inolvidables inventos del tebeo, que toda lengua minoritaria lo es por una conspiración genocida interna o externa. Ni soy yo quien convierte la autodeterminación en piedra de toque de la paz, no por miedo a que el pueblo vasco decida lo que quiere, sino por desconfianza ante los que quieren decidir quién es el pueblo vasco que ha de autodeterminarse. Lamento no saber apagar el fuego pero, al menos, procuro obstaculizar a tantos bomberos voluntarios que pretenden extinguirlo con gasolina.

Y vayamos para concluir a mi peor pecado, al despropósito que ha colmado el vaso, no demasiado hondo, de la paciencia de la señora Aramburu. Hace unas semanas se me ocurrió decir que los ciudadanos de esta tierra que no consideran el tema de la autodeterminación como la solución a nuestros problemas, sino más bien como un agravante de éstos, deberían votar a cualquiera de las opciones políticas no nacionalistas, fuesen de derechas, de centro o de izquierdas. De este modo, los políticos

del nacionalismo democrático quedarían advertidos de que su prioridad no ha de ser arañar votos a los violentos sino ofrecer un discurso integrador, no sustentado en maniqueísmos (vasco versus español, opresión versus independencia), que resulte atractivo y viable para la gran mayoría sociológica no independentista del País Vasco. Esta inaudita blasfemia me ha valido excomuniones de todo tipo, desde mentecatos que me acusan de querer coaccionar la libertad de los votantes, cuando precisamente lo que hago es apelar a ella, hasta la señora Aramburu, en cuya opinión estoy faltando —debe ser el único aspecto en que falto, pues por lo demás siempre me dicen que sobro— a la mayoría del pueblo vasco.

No acierto a entender cómo puedo faltar a nadie por darle una opinión razonada que en su mano está aceptar o rechazar, según su criterio. Se admite como cosa normal que alguien puede haber votado unas veces socialista, otras IU y quizá mañana Partido Popular: o todo lo contrario. Del mismo modo, supongo que los que ayer votaron nacionalista hoy pueden votar otra cosa y dentro de cierto tiempo volver a votar nacionalista otra vez. Mi opinión es que las personas sensatas examinan lo que les rodea, lo que les conviene y actúan políticamente en consecuencia. Si alguien piensa que pedirle cambiar el sentido de su voto es como incitarle a apostatar de su fe, le ruego me perdone: hablo sólo para laicos. Y usted, señora Aramburu, perdóneme también. Respondiéndole he sentido esa agobiante sensación que reconoce Baudelaire en una de sus autodefensas en las que intentaba justificar ante los censores sus *Flores del mal*: la horrorosa inutilidad de explicar nada de nada a nadie. Pero, ya ve usted, he vuelto a reincidir. No tengo remedio, aunque deseo que los males de nuestra comunidad sí lo tengan.

Fernando Savater es profesor de Filosofía en la Universidad Complutense.

TRIBUNA ABIERTA

Lamentos y reproches en torno a la unidad de acción

GERMAN KORTABARRIA

La celebración del Primero de Mayo retrata el estado en que se encuentra la colaboración intersindical. Y anualmente, ante la imagen de relativa división que nos ofrece esa foto fija, cada organización se apresura a explicar cuán importante es para ella la unidad de acción, cuánto se ha esforzado para que fuera posible y cuánto lamenta que por circunstancias ajenas a su voluntad los sindicatos no hayamos ido juntos, tampoco esta vez, en el Primero de Mayo. Siendo consciente de que estas líneas van a desgarrar probablemente el mismo ritual explicativo-exculpatorio, intentaré exponer cuál es, a mi juicio, el estado de la unidad-desunión sindical en Euskal Herria.

Parto de que todos los sindicatos creen que en una realidad pluralista como la nuestra la colaboración intersindical es buena, pero da cuerpo a una mejor correlación de fuerzas. Es una constatación con la que cualquier trabajador está de acuerdo. Sin embargo, concretar esta aspiración de principio en acuerdos de colaboración amplios y estables no resulta fácil. ¿Por qué? No me parece que la razón de esta dificultad estribe en la concurrencia intersindical, en la competencia por hacerse con mayores cotas de representatividad y apoyo. No creo que esta concurrencia, que se sustancia normalmente empresa a em-

presa, centro a centro, repercuta de forma apreciable en las relaciones interconfederales. El paralelismo con la competición política partidaria no ayudaría, por tanto, a entender las cosas.

La explicación ideológica, en términos de nacionalismo-no nacionalismo, que estos días —espero que sin mucha convicción— ha recitado CC OO de Euskadi, tampoco nos vale para mucho, salvo en el caso de Navarra. En este territorio sí que esta dicotomía ha sido impuesta como referente de las relaciones intersindicales desde que hace ya bastantes años la UGT, con el apoyo decidido del Gobierno de Urralburu, vetara la presencia de ELA en instancias institucionales. Y ello a pesar de que ELA contara en la comunidad foral, hay que recordarlo, con un nivel de representación similar al que UGT y CC OO ostentan en la comunidad autónoma vasca. CC OO en Euskadi, curiosamente, ha hecho causa común con la UGT en esta prospección, netamente ideológica, del sindicalismo nacionalista. En la comunidad autónoma vasca, por el contrario, los encuentros y desencuentros han estado mucho más marcados por cuestiones de praxis sindical que por posicionamientos previos: acuerdos sobre resolución de conflictos, política industrial, negociación colectiva, formación profesional, servicios mínimos, elecciones sindi-

cales, etc., en los que unos sindicatos u otros han participado o no en virtud de razones estratégicas o coyunturales, difícilmente sistematizables desde la categoría de nacionalistas-no nacionalistas. En mi opinión, la clave de la recomposición en la comunidad autónoma vasca de la unidad de acción con una cierta garantía de estabilidad reside en si se quiere o no jugar sindicalmente en este ámbito, aceptando unas reglas mínimas de juego democrático que combinen la participación de todos con el respeto de la mayoría.

Concretar la colaboración intersindical en acuerdos amplios y estables no es fácil

Lo explicaré con una referencia concreta. Esta misma semana el secretario general de la UGT de Euskadi, Josu Frade, exponía en un artículo de prensa su opción por consolidar un marco estatal de relaciones laborales, opción absolutamente legítima, pero que, recordemos, es minoritaria en el ámbito en que le toca jugar. Es claro que ni ELA ni nadie puede exigir a la UGT que

renuncie a su opción ideológica y estratégica por un marco estatal, ni pretender impedirle que trabaje para que la mayoría laboral vasca termine apoyándola. Pero es igualmente claro que, hasta que esto ocurra, la UGT, por seguir con el ejemplo, deberá admitir que la posibilidad de una colaboración intersindical en este ámbito pasa por aceptar, con todas sus consecuencias, la actual mayoría contraria a esta estatización del marco de relaciones laborales.

En la medida en que unos y otros aceptemos estas reglas de juego y exista por parte de UGT y CC OO un interés real de potenciar la acción sindical en Euskadi, la colaboración intersindical, que la reciente declaración de ELA y LAB califica de *necesaria*, va a ser posible y fructífera. Y no va a versar —espanten sus temores los compañeros de CC OO y UGT— sobre contenidos ideológicos, sino sobre acuerdos concretos sobre problemas y necesidades concretas de nuestro mundo del trabajo.

Ese es el reto que tenemos delante si queremos, de verdad, dar cuerpo a una unidad de acción que vaya más allá de la mera ceremonia. Entre tanto seguiremos cumplimentando cada año el ritual de los lamentos y los reproches.

German Kortabarría es secretario de Comunicación de ELA.